

Cuarenta años de Jornadas de Delegados diocesanos de Catequesis

Algunos retazos de historia como memoria agradecida

*José Manuel Estepa Llaurens
Arzobispo Castrense Emérito*



Al dar comienzo a estas nuestras cuadragésimas Jornadas Nacionales de Delegados diocesanos de Catequesis, se me han pedido unas palabras de recuerdo y memoria, del camino que hasta aquí y hasta el día de hoy, hemos recorrido. Para mí esto supone, en primer lugar, manifestar una profunda gratitud al Señor por haberme concedido vivir en esta época tan importante en la historia de la Iglesia y haber podido servir al Señor en este ámbito de la catequesis.

Junto a los nuevos Delegados de catequesis que se han ido incorporando en estos últimos años y que muestran la esperanza de seguir trabajando con ánimo y vigor, y a tantos otros delegados que venís aportando vuestro esfuerzo y generosidad desde hace ya más tiempo, me considero testigo privilegiado de una época de nuestra historia reciente y reconozco en ella el don y la obra de Dios. Una historia recorrida con confianza, en la que sin duda es posible constatar deficiencias, pero con una línea positiva de fondo que se manifiesta con claridad y desde la que habría que considerar el camino recorrido; me refiero al esfuerzo por poner en marcha la renovación de la catequesis tras el Concilio Vaticano II e ir situándola, a lo largo de estos años, en el marco de la evangelización y en el servicio a la formación de la identidad cristiana.

Estamos hablando de cuarenta años, y esto supone, en primer lugar, el recuerdo de las personas que han sido importantes en el camino. En especial, las personas que fraguaron el primer momento: el cardenal Quiroga, arzobispo de Compostela, y el arzobispo de Madrid, D. Casimiro Morcillo, primeros presidentes de la entonces recién constituida Conferencia Episcopal Española. Sin ellos no hubieran sido posibles estos primeros pasos inmediatamente después del Concilio Vaticano II.

El Concilio concluye el 8 de diciembre de 1965, y ese mismo día los obispos españoles en Roma, dirigen un mensaje a la Iglesia en España sobre la necesidad de una recepción sin reservas del Concilio entre nosotros, y el deber de estimular un futuro de renovación y puesta en marcha de orientaciones conciliares. Lo hacen con la mejor de las voluntades y la mayor disposición para hacer lo que el Señor quiera de ellos y de nuestra Iglesia. Nos daban muestra con esto de ser un episcopado lleno de fidelidad eclesial por el Concilio y deseo de aplicarlo, a pesar de los puntos de vista, a veces discrepantes con la opinión mayoritaria de los padres conciliares, sostenidos por diversos Obispos españoles.

Yo fui testigo excepcional de aquella época. Junto con la mayor parte de la Iglesia en España me hice la pregunta de ¿qué tenemos que hacer?. Y en seguida fuimos iniciando el camino. En diciembre del año 1965 se clausura el Concilio y en abril del 66 celebrábamos ya las primeras Jornadas Nacionales de Estudios Catequéticos. Esto quiere decir, como puede apreciarse, que las Jornadas se estaban preparando antes de que terminara el Concilio con la plena anuencia, la plena atención y el pleno estímulo de los dos Arzobispos anteriormente citados, Presidente y Vicepresidente de ese Episcopado y de la Conferencia Episcopal que se fundó en esos mismos meses.

La Conferencia Episcopal Española nace en esos primeros meses del 1966 y nos alienta a trabajar. Tuvimos en cuenta, como no podría ser de otro modo, todo lo que se había hecho hasta el momento. Ya habían habido, antes de 1965, Asambleas de Directores de Secretariados diocesanos de Catequesis, en la que participaban tan sólo, como es obvio, los que ostentaban este cargo y responsabilidad; pero nosotros no quisimos hacer una asamblea de directores. Lo que quisimos convocar fue unas Jornadas Nacionales en las que hubiera grupos de personas muy numerosos enviados por las diócesis, ante quienes proclamar el sentido y la significación catequética de los documentos conciliares, ayudando a crear una opinión pública renovadora. Cuando se retoman las actas de aquellas primeras Jornadas (Abril 1966), que dan origen a estas cuarenta que hoy celebramos, se comprueba que la participación fue de de más de mil quinien-

tas personas. Así pues, lo que se intentó es que asistiera un grupo nutrido, que podríamos denominar como interpastoral, con procedencias diversas en cuanto a la especialidad: la Biblia, la liturgia, los movimientos seculares. Pretendíamos con ello tomar impulso para la renovación y tomarlo con profundidad y desde una dimensión eclesial de toda la pastoral, en comunión, pues pensábamos que esa debería de ser la clave para la renovación catequética.

Se establecieron en esas Jornadas, que fueron enormemente positivas, los principios que tenían que guiar la renovación. Hace unos años, la revista del Secretariado de la Subcomisión, *Actualidad Catequética*, al conmemorar el número 200, publicó mi intervención en aquellas Jornadas. Resulta, a mi parecer, un documento importante para entender todo lo que hemos hecho después, los criterios, las orientaciones fundamentales y las etapas que invitábamos a recorrer. En estos momentos, quisiera resaltar tres aspectos de gran importancia.

- ▶ Lo primero que nos planteábamos era la pregunta sobre la situación en la que nos encontrábamos. Me refiero a la situación real de la catequesis en aquel momento. ¿Qué se estaba haciendo y cómo? ¿A cuantas personas estábamos llegando en la catequesis? Y todas las preguntas necesarias para que la acción a emprender fuera eficaz. Constatábamos que teníamos una situación que nosotros mismos no conocíamos con exactitud. Por ejemplo, ¿los niños asistían a las catequesis instituidas por las parroquias?. Y nos encontramos con que un porcentaje de niños inmensamente mayoritario en el mundo urbano solamente recibían formación religiosa en las escuelas y colegios. La diferencia era radical con lo rural, en que, ordinariamente, la parroquia era omnipresente. Había que hacer, por tanto, lo que llamábamos el diagnóstico de situación.
- ▶ En segundo lugar nos planteábamos los fundamentos, que deberían ser, a la vez, los principios que había que divulgar: ¿qué es catequizar? ¿Catequizar es simplemente la memorización de un catecismo en la edad de la infancia? Todo esto, que ahora nos puede parecer de gran simplicidad, había que aclararlo y crear lo que también llamamos en aquel momento, la opinión pública eclesial, de forma que todos tuviéramos una misma forma de pensar sobre lo que había que hacer en la catequesis en la Iglesia, bajo la dirección de nuestros Obispos.
- ▶ En tercer lugar vendría la formación de responsables de la actividad catequética, considerando esto como vital y prioritario. La puesta en marcha de las orientaciones conciliares y de todo un nuevo dinamis-



mo catequético, debería asentarse en la renovación y formación de los agentes. Me atrevo a decir que había en ello, si se entiende bien, un sentido de estrategia pastoral y si queréis llamarla política catequética en el sentido noble, pues esto era lo que había que desarrollar en una Iglesia que quería la renovación eclesial y conciliar.

Así empezamos, con estos criterios, con gran sencillez, pero con mucha ilusión y, al contemplarlo hoy, con las perspectiva de estos años, creo poder afirmar, como ya he dicho al comienzo, que reconozco la obra de Dios en todo ello, y que el fruto del camino recorrido lo podemos apreciar ahora: todos los avances, el influjo del camino que nosotros íbamos recorriendo y las orientaciones que la Iglesia y el magisterio post-conciliar iba ofreciendo. Me refiero implícitamente así a los dos Directorios de catequesis de este periodo, promulgados por la Santa Sede en 1971 y 1997, por los que nos sentíamos refrendados en nuestro camino.

Mencionar que, en estos cuarenta años ha habido titubeos e incluso tensiones y discrepancias entre nosotros, no es desmerecer la historia, sino todo lo contrario. Reconocer que en todo ello íbamos buscando juntos el camino, y yo creo que hemos ido hacia delante. Hablar de estos cuarenta años es, igualmente, reconocer el trabajo tanto de los que os habéis ido incorporando, como de los que han ido pasando y han colaborado en todo ello. Esto me supone reconocer en todo un camino de amistad y trabajo conjunto, de estima, fidelidad y cercanía entre nosotros.

Al publicarse hace dos años otro número de Actualidad Catequética¹, me preguntaban que cuáles eran para mi los mayores logros de la catequesis en estos años, y yo respondía que “la nueva conciencia existente en la Iglesia –conciencia más lúcida, honda y universal– de la prioridad de la catequización entre las acciones que la Iglesia ejerce para el cumplimiento del mandato de evangelizar que recibió de Jesús”. Es decir, que venimos de una concepción bastante diversa de lo que debería ser la catequesis y de los medios para conseguir su objetivo, y que ha habido un cambio de conciencia, como decía, más lúcida, honda y universal, más de confesión de fe. Con la catequesis se fundamenta el edificio eclesial. Es lo que hoy reconocemos mejor, y también insistía yo en aquellas entrevistas con “la paulatina toma de conciencia de la necesidad de una iniciación cristiana con su catequesis básica y de cimentación de la personalidad del discípulo de Jesucristo”.

Todos estos avances son inmensos y es importante reconocer su alcance. Pongo como ejemplo el reconocimiento de que la catequesis es una

¹ Actualidad Catequética. La catequesis en España, Octubre-Diciembre de 2005. pg 35-37

etapa de la evangelización. Esta clarificación la hemos ido fraguando poco a poco y ello afecta al tema de estas cuadragésimas Jornadas dedicadas a la "Catequesis y el primer anuncio".

La misión es una cosa, la catequesis otra, la pastoral otra y todo eso se ha ido consolidando desde el Decreto *Ad gentes* del Concilio: Las etapas de la evangelización y la relación entre ellas en el dinamismo interior de la misma. La catequesis como etapa de la evangelización se ha formulado de manera muy ágil y muy dinámica en el Directorio General para la Catequesis de 1997. Es una etapa de evangelización y por lo tanto participa de todas las características de la evangelización y no puede desmembrar, en modo alguno, catequesis del primer anuncio. Juan Pablo II en muchas de sus intervenciones, y en especial en la Encíclica *Redemptoris Missio*, sitúa y describe igualmente todo este dinamismo y habla de las relaciones entre las etapas de la (nueva) evangelización.

El depósito de la fe es verdaderamente el tesoro que vamos transmitiendo a las generaciones nuevas. Es nuestro único y gran tesoro. Reconocemos las dificultades de siempre, y actuales, para esta transmisión, dificultades que pueden venir de muchas realidades, también a veces de la falta de coherencia entre nosotros. Pero recuerdo siempre, para mi mismo y se lo intento transmitir a otros, la respuesta del P. Jugmman, teólogo alemán de la Teología Kerigmática, a la pregunta ¿qué es lo que caracteriza a un catequista? Él contesta: el entusiasmo por el Reino de Dios.

Siempre me emocionó esa expresión. El entusiasmo, el ansia y afán de comunicar la Buena Noticia del Reino a mis hermanos. Y por ello es lo que en este momento, y como final de esta breve intervención de recuerdo y memoria agradecida del pasado, os quiero reiterar esta consigna para el futuro: en la base de todo nuestro quehacer está el entusiasmo por el Reino, es decir, por la transmisión de la fe a nuestros hermanos del siglo XXI. Por eso os invito a reconocer el camino recorrido en estos cuarenta años de aplicación del Concilio Vaticano II, por el que tenemos muchas razones para dar gracias a Dios: que os llenéis todos del entusiasmo por lo que queda por hacer. El don de Dios y su presencia entre nosotros, guiando el camino, no nos faltará nunca. ●

